

— ¿Qué habría sucedido, dijo Hubert al oído de su mujer, si le hubiese dicho la verdad?

— ¡El destierro, pensaba Juana fingiendo un ataque de nervios, es la libertad, la riqueza, la venganza; es lo que yo había soñado!... ¡He ganado!

## CAPÍTULO XLIV.

## LA EJECUCIÓN.

Juana aguardaba impaciente que aquel secretario prometido por el conserje fuese á leerle la sentencia pronunciada contra ella.

En efecto, como ya no sufría las angustias de la duda y apenas conservaba las de la comparación, decía para sí:

— ¿Qué me importa á mí, espíritu sólido, que M. de Rohán haya sido juzgado menos culpable que yo? ¿Es á mí á quien infligen el castigo de una falta? No; si yo hubiese sido reconocida en debida forma Valois por todos, si hubiese podido tener, como ha tenido el cardenal, toda una fila de príncipes y duques escalonados al paso de los jueces, suplicando con su actitud, con los crespones de sus espaldas y con sus lágrimas, no creo que habrían rehusado nada á la pobre condesa de La Motte, y ciertamente, previendo

esa ilustre súplica, habrían ahorrado á la descendiente de los Valois la afrenta del banquillo.

Pero ¿á qué ocuparme de todo ese pasado que ha muerto? Al fin está ya terminado este grande negocio de mi vida. Colocada de una manera equívoca en la sociedad y en la corte, expuesta á ser derribada por el primer soplo venido de las regiones superiores, yo no hacía más que vegetar, y quizás volvía á esa miseria primordial que ha sido el doloroso aprendizaje de mi vida. Ahora nada de eso me sucede. ¡ Desterrada ! ¡ Estoy desterrada ! es decir, que tengo el derecho de llevarme mi millón y vivir bajo los naranjos de Sevilla ó Agrigente durante el invierno, y en Alemania ó Inglaterra durante el verano; es decir, que siendo, como soy, joven, bella y célebre, y pudiendo yo misma explicar mi proceso, nada me impedirá el vivir como se me antoje, sea con mi marido, si es desterrado como yo, ó bien con los amigos que la fortuna y la juventud nos atraen siempre !

Y que vengan á decirme luego, añadía Juana engolfada en sus ardientes pensamientos, que vengan á decirme, á mí la condenada, á mí desterrada, á mí pobre humillada, que no soy más rica que la reina, más honrada, y más absuelta que ella; porque para ella no se trataba de mi condenación, puesto que el gusano nada importa al león; se trataba de hacer condenar á M. de Rohán, y M. de Rohán ha sido absuelto.

Ahora ¿ cómo harán para notificarme la sentencia y conducirme fuera del reino? ¿ Se vengarán de una mujer sujetándola á las prácticas más estrictas de la penalidad? ¿ me entregarán á los arqueros para que me conduzcan á la frontera? ¿ Me dirán solemnemente: ¡ Indigna ! el rey os

destierra de su reino? No, mis amos son benignos, añadió sonriendo; y ya no están coléricos conmigo; sólo lo están con ese buen pueblo parisiense que gritaba bajo sus balcones: ¡ Viva el señor cardenal ! ¡ Viva Cagliostro ! ¡ viva el parlamento ! He ahí su verdadero enemigo: el pueblo. ¡ Oh ! sí, es un enemigo directo, puesto que yo había contado con el apoyo moral de la opinión... y he tenido un éxito feliz !

Aquí llegaba Juana de sus reflexiones, y hacía sus preparativos arreglando sus cuentas consigo misma. Ya se ocupaba de la colocación de sus diamantes y de su establecimiento en Londres (era en verano), cuando el recuerdo de Reteau de Villette le atravesó no el corazón, sino el espíritu.

— Pobre muchacho, dijo con maligna sonrisa, él es quien ha pagado por todos. Es consiguiente que para las experiencias se necesita siempre un alma vil, en el sentido filosófico, y siempre que se presentan esas especies de necesidades, surge de tierra el castrón emisario con el golpe que ha de destruirle.

Pobre Reteau, enclenque y miserable; él paga hoy sus libelos contra la reina, sus conspiraciones de pluma; y Dios, que á todos da su parte en este mundo, habrá querido dar á ese una existencia de palos, de luises de oro intermitentes, de emboscadas, de cárcel con el presidio por término. He ahí lo que es la astucia en vez de la inteligencia, la malicia en vez de la travesura, el espíritu de agresión sin la fuerza y la perseverancia. ¡ Cuántos seres maléficos en la creación, desde el arador venenoso hasta el escorpión, el primero de los reptiles que se hace temer del hombre ! Todos esos reptiles quieren hacer daño, pero no tienen el honor de la lucha: se los aplasta.

Y Juana enterraba con esa pompa cómoda á su cómplice Reteau, resuelta á informarse del presidio en que iban á encerrar al miserable, por no aventurarse á hacer un viaje allá, por no ir á hacer á un desgraciado la humillación de mostrarle una antigua conocida : Juana tenía buen corazón.

Juana almorzó alegremente con los conserjes, pero estos habían perdido totalmente su alegría, y no se tomaban la molestia de ocultar su disgusto. La condesa atribuyó esta frialdad á la condenación que se acababa de pronunciar contra ella, y habiéndoselo manifestado así, respondieron que nada era tan doloroso para ellos como el aspecto de las personas después de pronunciada su sentencia.

Estaba tan contenta Juana en el interior de su corazón, le costaba tanto disimular su alegría, que no podía menos de serle agradable la ocasión de estar sola, entregada á sus pensamientos, y se propuso pedir después de la comida que la volviesen á su cuarto.

Quedó muy sorprendida cuando el conserje Hubert, tomando la palabra en los postres, dijo con una solemnidad forzada de que no acostumbraba usar en sus relaciones :

— Señora, nosotros tenemos la orden de no permitir en este cuarto á las personas sentenciadas por el parlamento.

— Bien, dijo Juana para sí ; se anticipa á mis deseos.

Y se levantó, añadiendo en voz alta :

— No quisiera haceros cometer una contravención, pues sería reconocer mal las bondades que me habéis dispensado.... De consiguiente, me voy á volver á mi cuarto.

Dicho esto, miró para ver el efecto de sus palabras. Hubert daba vuelta en sus dedos á una llave, y su mujer volvía á otro lado la cabeza como para ocultar una nueva emoción.

— Pero, añadió la condesa; ¿ dónde y cuándo vendrán á leerme la sentencia ?

— Quizás aguardan á que estéis en vuestro cuarto, se apresuró á decir Hubert.

— Decididamente, quiere alejarme de aquí, pensó Juana.

Y se sobresaltó con un vago sentimiento de inquietud, que se evaporó tan luego como apareció en su corazón.

Juana subió los tres escalones que conducían del cuarto del conserje al pasillo de la secretaria.

Al verla partir, madama Hubert se precipitó hacia ella y le cogió las manos, no con respeto, no con verdadera amistad ni con esa susceptibilidad que honra al que la manifiesta y al que es objeto de ella, sino con una honda compasión, con un arranque de lástima que no se escapó á la inteligente condesa, á ella que todo lo notaba.

Esta vez la impresión fué tan clara, que Juana se confesó que sentía espanto ; pero el espanto fué arrojado, como lo había sido la inquietud, fuera de aquella alma llena hasta los bordes de gozo y esperanza.

Sin embargo, Juana quería preguntar á madama Hubert la causa de su compasión, y ya abría la boca y bajaba de nuevo para formular una de esas preguntas precisas y vigorosas como su espíritu, pero no tuvo tiempo, pues Hubert le cogió la mano con menos urbanidad que viveza, y abrió la puerta.

La condesa se vió en el pasillo: allí la aguardaban ocho arqueros del prebostazgo. ¿Qué aguardaban? Esto se preguntó Juana al percibirlos, pero la puerta del conserje estaba ya cerrada. Delante de los arqueros se hallaba uno de los llaveros ordinarios de la cárcel, el que todas las noches acompañaba á la condesa á su cuarto.

Este hombre se puso á andar delante de Juana como para mostrarle el camino.

— ¿Vuelvo á mi cuarto? dijo la condesa con el tono de una mujer que quisiera parecer segura de lo que dice, pero que duda.

— Sí, señora, replicó el llavero.

Juana cogió el pasamano de hierro y subió detrás de este hombre, oyendo á los arqueros que cuchicheaban á algunos pasos de allí pero sin moverse de su puesto.

Tranquilizada, se dejó encerrar en su cuarto, y hasta dió gracias afectuosas al llavero. Éste se retiró.

No bien se vió Juana libre y sola en su cuarto, cuando estalló su alegría extravagante, alegría reprimida demasiado tiempo por la máscara con que había ocultado hipócritamente su cara en la habitación del conserje. Aquel cuarto de la Conserjería era el suyo, era la jaula de ese animal montés encadenado un momento por los hombres, y que un capricho de la suerte iba á lanzar de nuevo en el libre espacio del mundo.

Y en su madriguera ó su jaula, cuando es de noche, cuando ningún ruido anuncia al fiero cautivo la vigilancia de sus guardias, cuando su fino olfato no descubre en los alrededores ninguna huella, entonces principia los brinco de esta naturaleza salvaje; entonces estira sus miembros á fin de darles elasticidad para los arranques de

la independencia; entonces tiene gritos, brinco ó éxtasis que no sorprenden jamás el ojo del hombre.

Así sucedió á Juana. De súbito oyó pasos en el pasadizo, oyó sonar el manojito de llaves del llavero, y que metían una en la maciza cerradura.

— ¿Qué me querrán? pensó enderezándose atenta y muda.

Entró el llavero, y Juana le preguntó con voz dulce é indiferente:

— ¿Qué hay, Juan?

— ¿Quiere la señora seguirme? dijo éste.

— ¿Adónde?

— Abajo, señora.

— ¿Cómo abajo?

— Á la secretaría...

— ¿Para qué?

— Señora...

Juana se adelantó hasta este hombre que titubeaba, y percibió al extremo del pasadizo á los arqueros del prebostazgo que había encontrado antes abajo.

— ¡En fin, decidme qué me quieren en la secretaría! exclamó con emoción.

— Señora, es M. Doillot, vuestro defensor, que desea hablaros.

— ¿En la secretaría? ¿Y por qué no aquí, puesto que he obtenido el permiso de venir?

— Señora, es que M. Doillot ha recibido cartas de Versalles, de que quiere enteraros.

Juana no advirtió lo poco lógica que era esta respuesta, y sólo llamó su atención la frase: cartas de Versalles, cartas de la corte sin duda traídas por el mismo defensor.

— ¿Por ventura habría intercedido la reina con el rey después de la publicación de la sentencia? ¿Por ventura?..

Pero ¿para qué hacer conjeturas? ¿había tiempo para hacerlas, ó era necesario cuando en dos minutos se podía hallar la solución del problema?

Por otra parte, el llavero insistía y agitaba sus llaves como un hombre que, á falta de buenas razones, alega una consigna.

— Aguardad un poco, dijo Juana, pues ya veis que me había desnudado para descansar un rato. Me he fatigado tanto estos días...

— Aguardaré, señora, pero os ruego reflexionéis que M. Doillot tiene prisa.

Juana cerró su puerta, se puso un vestido más fresco y una manteleta, y arregló corriendo el cabello en todo lo cual empleó cinco minutos, pues le decía el corazón que M. Doillot traía la orden de partir sin dilación, y el medio de atravesar la Francia de un modo discreto á la par que cómodo! Sí, la reina había debido pensar en que su enemiga fuese arrebatada lo más pronto posible. La reina, una vez pronunciada la sentencia, debía esforzarse en irritar lo menos posible á esta enemiga, porque si la pantera es peligrosa cuando está encadenada, ¿qué no es de temer de ella estando libre? Mecida en estas alegres ideas, Juana voló más bien que corrió tras del llavero, el cual la hizo bajar por la escalera excusada por donde había sido conducida á la sala de audiencia. Pero en vez de ir hasta esta sala, en vez de tomar á la izquierda para ir á la secretaría, el llavero se volvió hacia una puertecita situada á la derecha.

— ¿Dónde vais? preguntó Juana. La secretaría está aquí.

— Venid, venid, señora, dijo melosamente el llavero; M. Doillot os aguarda por aquí.

Y pasando él primero, se atrajo la prisionera, la cual oyó cerrar tras sí con estrépito los cerrojos exteriores de aquella puerta maciza.

Juana, sorprendida pero no viendo á nadie en la obscuridad, no se atrevió á preguntar á su guardián; dió dos ó tres pasos y se paró; una claridad azulada daba al cuarto en que se hallaba como el aspecto del interior de una tumba.

La luz se filtraba de arriba por un rejadillo antiguo, por el que, á través de las telas de araña y la céntuple capa de polvo secular, llegaban algunos escasos rayos de sol á dar un poco de su reflejo á las paredes.

Juana sintió súbitamente el frío y la humedad de aquel calabozo, y adivinó algo terrible en los chispeantes ojos del llavero.

Siñ embargo, aun no veía más que á este hombre; éste solo con la presa ocupaba en ese momento el interior de aquellas cuatro paredes enverdecidas por el agua que se filtraba por el rejadillo, y enmohecidas por el aire que nunca había sido allí templado por los rayos del sol.

— ¿Qué hacemos aquí nosotros dos? dijo entonces dominando la impresión de terror que la hacía temblar. ¿Dónde está M. Doillot que me habéis prometido mostrarme?

El llavero no respondió, y se volvió como para mirar si la puerta por donde habían entrado estaba sólidamente cerrada.

Juana observó espantada este movimiento, y se le ocurrió la idea, como en esas novelas tenebrosas de la época, de que tenía que habérselas con uno de aquellos carceleros furiosamente enamorados de sus cautivas, que, el día en

que va á escapárseles la prisionera por la puerta abierta de la jaula, se hacen los tiranos de la *bella cautiva*, y proponen su amor en cambio de la libertad.

Juana era fuerte, no temía las sorpresas y no tenía el pudor del alma. Su imaginación luchaba ventajosamente contra los caprichos sofisticos de MM. Crebilón hijos y de M. de Louvet. Así pues se fué derecha al carcelero y le dijo con semblante risueño:

— Amigo mío, ¿qué pedís? ¿tenéis algo que decirme? El tiempo de una presa, cuando ésta toca á la libertad, es un tiempo precioso. Parece que habéis escogido para hablarme un sitio bien siniestro.

El llavero nada respondió, porque nada comprendía; se sentó al lado de la chimenea, y aguardó.

— Pero ¿qué hacemos aquí? os repito, dijo Juana.

— Aguardar á maese Doillot, respondió el llavero.

Juana sacudió la cabeza, y dijo:

— Concesaréis que si maese Doillot tiene cartas de Versalles que comunicarme, elige muy mal su tiempo y su sala de audiencia... No es posible que maese Doillot me haga aguardar aquí... Debe haber alguna cosa.

Apenas había terminado estas palabras, cuando se abrió enfrente de ella una puerta que no había notado.

Era una de esas trampas redondas, verdaderos monumentos de madera y hierro, que al abrirse trazan en el fondo que ocultan una especie de círculo cabalístico, en cuyo centro, haya un personaje, ó un paisaje parecen estar vivos por arte mágica.

En efecto, tras de aquella puerta había algunos escalones que comunicaban con algún pasadizo mal iluminado pero lleno de viento, y fresca, y más allá de ese pasadizo, un

momento tan rápido como el relámpago, Juana, levantándose de puntillas, percibió un espacio semejante al de una plaza pública, y en aquel espacio un corrillo de hombres y mujeres con ojos centelleantes.

Pero, lo repetimos, esto fué para Juana una visión más bien que una realidad, pues no tuvo tiempo para examinarlo. Delante de ella, en un plano mucho más cercano que el de aquella plaza, se aparecieron tres personas subiendo el último escalón.

Tras de esas personas, sin duda en los escalones inferiores, surgieron cuatro bayonetas blancas y aceradas, parecidas á unos cirios siniestros que hubiesen querido iluminar esta escena.

Pero volvió á cerrarse la puerta redonda, y sólo los tres hombres entraron en el calabozo en que estaba Juana.

Ésta iba de sorpresa en sorpresa, ó más bien de inquietud en inquietud.

Aquel llavero que ella temía un instante antes, le fué á buscar como para tener su protección contra los desconocidos.

El llavero se pegó contra la misma pared del calabozo, mostrando con este movimiento que debía permanecer espectador pasivo de lo que iba á pasar.

Juana fué interpelada aun antes que se le ocurriese la idea de tomar la palabra.

El que principió fué el más joven de los tres hombres; el cual estaba vestido de negro, tenía el sombrero en la cabeza y daba vuelta en sus manos á unos papeles cerrados como la escital antigua.

Los otros dos, imitando la actitud del llavero, se ocultaban á las miradas colocándose en la parte más oscura del calabozo.

— ¿ Vos sois, señora, dijo aquel desconocido, Juana de San Remigio de Valois, esposa de María Antonio Nicolás, conde de La Motte ?

— Sí, señor, respondió Juana.

— ¿ Habéis nacido en Fontette, el 22 de julio de 1756 ?

— Sí, señor.

— ¿ Vivís en París, calle Nueva de San Gil ?

— Sí, señor... ¿ pero á qué vienen todas esas preguntas ?

— Señora, siento que no me reconozcáis ; tengo el honor de ser el secretario del tribunal.

— Os reconozco.

— Entonces, señora, ¿ puedo desempeñar mis funciones en mi calidad de secretario que acabáis de reconocer ?

— ¡ Un momento, señor ! ¿ Á qué os obligan vuestras funciones ? si gustáis decirme.

— Á leeros, señora, la sentencia que se ha pronunciado contra vos en sesión de 31 de mayo del 1786.

Juana se estremeció, y pasó en derredor suyo una mirada llena de angustia y desconfianza. No escribimos sin objeto la segunda palabra desconfianza, que parece la más fuerte de las dos. Juana se estremeció, con una angustia irreflexiva, y para estar alerta, chispeaban sus ojos terribles en las tinieblas.

— Vos sois el secretario Bretón, dijo entonces ; pero ¿ quiénes son esos dos señores, vuestros acólitos ?

El secretario iba á responder, cuando el llavero, saliéndole al encuentro, se lanzó á su lado y le deslizó al oído estas palabras llenas de un miedo ó de una compasión elocuente :

— ¡ No se lo digáis !

Juana lo oyó ; miró á aquellos dos hombres con más aten-

ción que hasta entonces, y se admiró de ver la casaca parda obscura con botones de hierro del uno, y la chaqueta y la gorra de pelo del otro. El extraño mandil que cubría el pecho de este último llamó la atención de Juana ; este mandil parecía quemado en algunas partes y manchado de sangre y aceite en otras.

Á su vista, Juana retrocedió ; cualquiera habría dicho que se plegaba como para tomar un vigoroso vuelo.

El secretario le dijo acercándose á ella :

— ¡ De rodillas, si gustáis, señora !

— ¡ De rodillas ! exclamó Juana. ¡ De rodillas ! ¡ Yo... yo ! ¡ Una Valois de rodillas !

— Así es la orden, señora, dijo el secretario inclinándose.

— Pero, señor, objetó Juana con una sonrisa fatal, vos no lo reflexionáis bien, y es preciso que yo os enseñe la disposición de la ley : No se pone uno de rodillas sino para hacer una retractación pública.

— ¡ Y bien, señora !

— Y bien ; no se hace una retractación pública, sino en virtud de una sentencia que condena á una pena infamante. El destierro no es una pena infamante, que yo sepa, en la ley francesa.

— Yo no os he dicho, señora, que estuvieseis condenada al destierro, repuso el secretario con una tristeza grave.

— Entonces ¿ á qué estoy condenada ? exclamó Juana con sombrío acento.

— Eso es lo que vais á saber, escuchando la sentencia, señora ; y para escucharla, principiaremos por poner os de rodillas, si gustáis.

— ¡ Jamás, jamás !

— Señora, es el artículo primero de mis instrucciones.  
 — ¡Jamás, jamás! os repito.  
 — Señora, está escrito que si la condenada rehusa arrodillarse...

— Y bien; ¿qué?  
 — ¡Que se la obligue á ello por la fuerza!  
 — ¡La fuerza! ¡contra una mujer!  
 — Una mujer, como un hombre, no debe faltar al respeto debido al rey y á la justicia.  
 — ¡Y á la reina! ¿no es verdad? gritó furiosamente Juana; ¡porque reconozco bien en eso la mano de una mujer enemiga!

— Hacéis mal en acusar á la reina, señora: S. M. no tiene ninguna parte en la redacción de las sentencias del tribunal. Vamos, señora; os conjuro que nos ahorréis la necesidad de las violencias... ¡De rodillas!

— ¡Jamás, jamás!

El secretario enrolló sus papeles, sacó de su ancho bolsillo otro que tenía de reserva para el caso previsto de resistencia, y leyó la orden formal dada por el fiscal general á la fuerza pública, de forzar á la acusada rebelde á arrodillarse, para *satisfacer á la justicia*.

Juana se parapetó en un rincón del calabozo, desafiando con la vista á aquella fuerza pública, que ella creía ser las bayonetas armadas en la escalera detrás de la puerta.

Pero el secretario no mandó abrir aquella puerta, hizo señá á los dos hombres de quienes hemos hablado, y estos se acercaron tranquilamente como esas máquinas de guerra, pesadas y sólidas, que se arman contra una muralla en los sitios.

Un brazo de cada uno de esos hombres cogió á Juana por

los hombros y la arrastró al medio del calabozo, á pesar de sus gritos y aullidos.

El secretario se sentó impasible y aguardó.

Juana no advertía que, para dejarse arrastrar de ese modo, había debido arrodillarse en tres cuartas partes; una palabra del secretario se lo hizo notar.

— Bien está así, dijo.

Al punto se estiró el resorte: Juana saltó á dos pies del suelo en brazos de los hombres que la sujetaban.

— Es muy inútil que gritéis así, dijo el secretario, porque nadie os oye de fuera, y además no oiréis la lectura que debo daros de la sentencia.

— Permitidme que la oiga de pie, y escucharé en silencio, dijo Juana jadeante.

— Siempre que á una culpable se le aplica la pena de azotes, dijo el secretario, el castigo es infamante y trae consigo la genuflexión.

— ¡Azotes! gritó Juana. ¡Azotes, miserable!... ¡Azotes decís!...

Y sus vociferaciones tomaron tal cuerpo que aturdieron al llavero, al secretario, á los dos ayudantes, y todos estos hombres, perdiendo la paciencia, principiaron como unos borrachos á domar la materia por medio de la materia.

Entonces se arrojaron sobre Juana y la echaron por tierra; pero ella resistió victoriosamente. Quisieron hacerla doblar las piernas, pero Juana estiró sus músculos como unas hojas de acero, quedando suspendida en el aire en manos de aquellos hombres, y agitando pies y manos de un modo que les hacía un daño cruel.

Los hombres se repartieron el trabajo: uno de ellos le sujetó los pies como en un torno; los otros dos la suspendieron por las muñecas, y gritaban al secretario:

— Leed, leed su sentencia, señor secretario, porque sino no acabaremos nunca con esta rabiosa.

— Yo no dejaré nunca leer una sentencia que me condena á la infamia, gritó Juana debatiéndose con una fuerza sobrehumana; y uniendo la acción á la amenaza, cubrió la voz del secretario con rugidos y gritos tan agudos, que no oyó una sola palabra de cuanto él le leyó.

Terminada su lectura, el secretario enrolló sus papeles y los metió en el bolsillo.

Juana, creyendo que había terminado, se calló, trató de cobrar fuerzas para desafiar aún á aquellos hombres, y á sus rugidos hizo suceder unas carcajadas más feroces aún.

— Y la sentencia será ejecutada en la plaza de las ejecuciones, en el patio de justicia del Palacio! prosiguió el secretario pacíficamente, como si leyese la conclusión de una fórmula trivial.

— ¡Públicamente! gritó la desdichada con espantosa voz, ¡oh!

— Monsieur de París, os entrego esta mujer, acabó de decir el secretario dirigiéndose al hombre del mandil de cuero.

— ¿Pues quién es este hombre? preguntó Juana en el último parasismo de espanto y de rabia.

— ¡El verdugo! respondió inclinándose el secretario, que estaba arreglando sus manguitos.

Apenas el secretario había terminado estas palabras, cuando los dos ejecutores se apoderaron de Juana y se la llevaron por la puerta de la galería que ella había percibido. Hay que renunciar á pintar la defensa que Juana opuso. Esta mujer que, en la vida ordinaria, se desmayaba por un

arañazo, soportó cerca de una hora los malos tratos y los golpes de los dos ejecutores, y fué arrastrada hasta la puerta exterior, sin haber cesado un momento de dar los más espantosos clamores.

Más allá de aquel postigo, en donde los soldados reunidos contenían al gentío, apareció de súbito el patio, llamado patio de Justicia, con los dos ó tres mil espectadores que la curiosidad había convocado allí después de los preparativos y la aparición del cadalso.

Sobre un tablado como de unos ocho pies de alto, se levantaba un poste negro guarnecido de argollas de hierro, y en su punta un cartel que el escribano, por orden superior sin duda, había tratado de que fuese legible.

Aquel tablado no tenía barandilla, y se subía á él por una escalera también sin barandilla.

La única balaustrada que allí se notaba eran las bayonetas de los arqueros, que cerraban el acceso como una verja de puntas relucientes.

El gentío, al ver abrirse las puertas de la cárcel, que venían los comisarios con su varilla y que el secretario marchaba, principió ese movimiento de ondulación que le hace semejar á la mar.

Por todas partes resonaban los gritos de: ¡Ahí viene! ¡ahí viene! con epítetos poco honrosos para la sentenciada, y acá y allá algunas observaciones poco caritativas para los jueces.

Porque Juana tenía mucha razón: se había creado un partido desde su sentencia, y muchos que la despreciaban dos meses antes, la habían rehabilitado desde que se había constituido en antagonista de la reina.

Pero M. de Crosne lo había previsto todo. Las primeras filas de aquel teatro habían sido ocupadas por un parterre adicto á los que pagaban los gastos del espectáculo. Notábase allí, al lado de los agentes de anchas espaldas, á las mujeres más celosas por el cardenal de Rohán, pues se habían hallado el medio de utilizar en favor de la reina la cólera despertada contra la reina, y los mismos que tanto habían aplaudido á M. de Rohán por antipatía hacia María Antonieta, venían á silbar y befar á madama de La Motte, tan imprudente que había separado su causa de la del cardenal.

Resultó pues que, á su aparición, los gritos de *¡Abajo La Motte, la falsaria!* compusieron la mayoría y se exhalaban de los más vigorosos pechos.

Sucedió también que los que intentaron expresar su compasión hacia Juana ó su indignación por la sentencia pronunciada contra ella, fueron tomados como enemigos del cardenal por las mujeres del Mercado, como enemigos de la reina por los agentes, y maltratados en este doble concepto por los dos sexos interesados en sostener el envilecimiento de la sentenciada. Juana llevaba apuradas sus fuerzas, pero no su rabia; cesó de gritar porque sus gritos se perdían en la batahola del ruido y de la lucha, pero con su voz clara, vibrante y metálica, lanzó algunas palabras que acallaron como por encanto todos los murmullos.

— ¡Sabéis quién soy! dijo. ¡Sabéis que soy de la sangre de los reyes! ¡Sabéis que castigan en mí, no á una culpable, sino á una rival! ¡no sólo á una rival, sino á una cómplice!

Al decir esto, fué interrumpida por los clamores lanzados á tiempo por los más diestros agentes de M. de Crosne.

Pero Juana había suscitado, si no el interés, á la menos

la curiosidad; la curiosidad del pueblo es una sed que quiere ser apagada. El silencio que Juana notó le probó que querían oírla.

— Sí, repitió, ¡una cómplice! ¡Castigan en mí á la que sabía los secretos de...

— ¡Tened cuidado! le dijo al oído el secretario.

Juana se volvió: el verdugo tenía un látigo en la mano.

Á su vista, Juana olvidó su discurso, su odio, y su deseo de captarse la muchedumbre, pues no vió ya más que la infamia, no temió sino el dolor.

— ¡Gracia, gracia! exclamó con desgarradora voz.

Un inmenso grito cubrió su súplica. Juana, acometida de vértigo, se agarró á las rodillas del ejecutor y logró cogerle la mano; pero este último levantó el otro brazo y dejó caer suavemente el látigo sobre las espaldas de la condesa.

¡Cosa inaudita! esta mujer á quien el dolor físico habría derribado, y tal vez domado, se levantó cuando vió que la azotaban con suavidad, y arrojándose al ayudante del verdugo, trató de derribarle para después saltar del cadalso á la plaza; pero de súbito reculó.

Aquel hombre tenía en la mano un hierro candente que acababa de retirar de un brasero ardiendo, levantó aquel hierro, y el calor devorante que despedía hizo dar á Juana un salto hacia atrás con un aullido salvaje.

— ¡Marcada! exclamó, ¡marcada!

Todo el pueblo respondió á su grito con un gesto terrible.

— ¡Sí, sí! gritaron tres mil bocas.

— ¡Socorro! ¡socorro! dijo Juana fuera de sí y tratando de romper las cuerdas con que acababan de amarrarle las manos.

Al mismo tiempo el verdugo, no pudiendo abrir el vestido de la condesa, lo desgarraba, y mientras con una mano trémula separaba las trizas del vestido, trataba de tomar con la otra el hierro ardiendo que le presentaba su ayudante.

Pero Juana se arrojaba sobre este hombre haciéndole siempre retroceder, porque no osaba tocarla, de suerte que el verdugo, desesperando de coger el siniestro instrumento, principiaba á escuchar si entre el gentío surgía algún anatema contra él : el amor propio le tenía preocupado.

El gentío, palpitante y principiando á admirar la vigorosa defensa de aquella mujer, se estremecía con una impaciencia sorda ; el escribano había bajado la escalera, y los soldados miraban el espectáculo : era un desorden y una confusión que presentaban un aspecto amenazador.

— ¡ Acabad ! gritó una voz salida de la primera fila del gentío.

Voz imperiosa, que el verdugo reconoció sin duda, porque, derribando á Juana con un empuje vigoroso, la dobló y encorvó la cabeza con su mano izquierda.

Juana se enderezó más ardiente que el hierro con que la amenazaban, y con una voz que dominó todo el tumulto de la plaza y todas las impresiones de los torpes verdugos, exclamó :

— ¡ Cobardes franceses, no me defendéis ! ¡ me dejáis torturar !

— ¡ Callad ! gritó el escribano.

— ¡ Callad ! gritó también el primer comisario.

— ¡ Callarme !... ¡ Ah ! ¡ sí ! repitió Juana, ¿ qué han de hacerme ?... Sí, si sufro esta afrenta, es por mi culpa.....

¡ Ah, ah ! gritó el gentío equivocándose en el sentido de estas palabras.

— ¡ Callad ! repitió el escribano.

— Sí, es por mi culpa, prosiguió Juana retorciéndose ; porque si yo hubiese querido hablar...

— ¡ Callad ! exclamaron furiosos escribano, comisario y verdugos.

— Si yo hubiese querido decir todo lo que sé de la reina.. me ahorcarían ; no sería deshonrada.

No pudo decir más, porque el comisario se lanzó sobre el cadalso seguido de agentes que la sujetaron, le echaron una mordaza y la entregaron palpitante y magullada, con el rostro hinchado, cárdeno y sangrando, á los ejecutores, uno de los cuales se había encorvado de nuevo sobre la víctima, y al mismo tiempo cogió el hierro que su ayudante logró darle.

Pero Juana se aprovechó, como una culebra, de la insuficiencia de aquella mano que le apretaba la nuca, dió un brinco atrás y volviéndose con gozo frenético, presentó su pecho al verdugo, mirándolo con ojos provocativos, de suerte que el instrumento fatal, que descendía sobre sus espaldas, vino á darle sobre el pecho derecho, é imprimió un sulco humeante y devorador en la carne viva, arrancando á la víctima, á pesar de la mordaza, uno de esos alaridos que no tienen equivalente en ninguna de las entonaciones de la voz humana.

Juana se dejó caer abatida por el dolor y la vergüenza : estaba vencida ; sus labios no dejaron escapar ningún sonido ; sus miembros no sintieron ya ningún estremecimiento : esta vez estaba realmente desmayada.

El verdugo se le echó al hombro y bajó con ella lentamente la escalera de la ignominia.

En cuanto al pueblo, mudo también, ya que aprobase ó bien porque se hallase consternado, no se retiró por las cuatro salidas de la plaza hasta después de ver cerrarse tras de Juana las puertas de la Conserjería, después de ver demoler lentamente el cadalso pieza por pieza, y de haberse asegurado de que no había epílogo al drama espantoso cuya representación acababa de ofrecerle el parlamento.

Los agentes vigilaron hasta las últimas impresiones de los espectadores; sus primeras intimaciones habían sido articuladas tan terminantemente, que habría sido locura oponer alguna objeción á su lógica armada de cachiporras y esposas.

La objeción, si alguna se hizo, fué tranquila y enteramente interior. Poco á poco, la plaza recobró su calma ordinaria, sólo que al extremo del puente, cuando se dispó todo el gentío, dos hombres jóvenes y reflexivos, que se retiraban como los demás, tuvieron el diálogo siguiente:

— ¿Creéis, Maximiliano, que la que el verdugo ha marcado es realmente madama de La Motte?

— Así lo dicen, pero yo no lo creo... respondió el más alto de los dos interlocutores.

— Vos opináis en realidad que no es ella, ¿no es verdad? añadió el otro, un hombrecito de cara baja, ojos redondos y luminosos como los de las aves nocturnas, de cabellera corta y grasienta. No, no es madama de La Motte á quien han marcado. Los secuaces de esos tiranos han tenido miramiento con su cómplice. Para descargar de toda acusación á María Antonieta, han buscado una señorita Oliva, que confesó ser una prostituta, y también habrán podido hallar una supuesta madama de La Motte que se confesase falsa... ¡Bah! ¡es una comedia pagada al verdugo y pagada á la víctima! Eso es más caro, y nada más.

El compañero de este hombre escuchaba agitando su cabeza, y se sonreía sin responder.

— ¿Por qué no respondéis? dijo el hombrecillo. ¿Acaso no opináis como yo?

— Es ya mucho el aceptar ser marcada en el pecho, replicó el otro; la comedia de que habláis no me parece probada. Vos sois más médico que yo, y habréis debido sentir la carne quemada. Confieso que es un recuerdo desagradable.

— Os he dicho que es un negocio de dinero; se paga á una condenada que tendría que ser marcada por cualquier otra cosa, se la paga por decir tres ó cuatro frases pomposas, y luego se le pone una mordaza cuando está cerca de renunciar...

— ¡Tate, tate! dijo flemáticamente aquél á quien habían llamado Maximiliano; no os seguiré en ese terreno, porque es poco sólido.

— ¡Hum! hizo el otro. Vamos, vos haréis como los otros bodoques; acabaréis por decir que habéis visto marcar á madama de La Motte: he ahí vuestros caprichos. Hace un momento no os expresabais así, porque positivamente me habéis dicho: No creo que sea madama de La Motte á quien han marcado.

— No, y todavía no lo creo, repuso el joven sonriendo; pero no es tampoco una de esas comediantas que decís...

— Entonces ¿quién es? Veamos quien es la persona á quien han infamado ahí en la plaza pública, en lugar de madama de La Motte.

— ¡Es la reina! dijo el joven con una voz aguda á su siniestro compañero; y acompañó estas palabras con su sonrisa indefinible.